



LA SUBCULTURA DEL “NARCO”: LA FUERZA DE LA TRANSGRESIÓN

Nery Córdova

En nuestros días el narcotráfico se ha convertido en uno de los símbolos del estado de Sinaloa, en México. En efecto, en torno a los plantíos de marihuana y del tráfico de estupefacientes, se ha llegado a construir en esta región una especie de nueva cultura, fincada en las tradiciones populares locales. El artículo analiza las diversas expresiones de esta “nueva cultura”, especialmente las que se relacionan con los *mass-media*, la economía local y la religión popular, así como el papel preponderante de los narcotraficantes en este tipo de “desviación” cultural.

Abstract: Today, narco trafficking has become one of the symbols of the state of Sinaloa, Mexico. Indeed, a whole new type of culture, grounded in local popular traditions, has emerged in this region around the cultivation and trafficking of drugs. This article analyzes the varying expressions of this “new culture,” especially those related to the mass media, the local economy and popular religion as well as the overwhelming role of narco traffickers themselves in the “channeling” of this culture.

Résumé: Le trafic de drogue est devenu le symbole de l'état du Sinaloa au Mexique. Il'est construit autour des plantations et du trafic illégaux, une culture nouvelle enracinée dans les traditions populaires régionales. Cet article analyse donc les dimensions culturelles et les effets sociaux du trafic de drogue au Sinaloa et ses relations avec les mass-media, l'économie locale et la religion populaire, ainsi que le rôle prépondérant des trafiquants dans cette déviance culturelle.

En la larga marcha simbiótica de poder y narcotráfico en Sinaloa, en esta gesta que tuvo sus primeros balbuceos y estertores en torno a las intermediaciones de los inicios del siglo XX, paulatinamente grupos de bandas organizadas fueron fortaleciendo sus intereses y ampliando sus áreas de arraigo, fuerza, poder e influencia. A pesar

- Poeta, ensayista y catedrático universitario, oriundo del estado de Chiapas. Doctor en Ciencias Políticas y Sociales, con orientación en Ciencias de la Comunicación (UNAM). Director editorial de la revista *Arenas*, de la Maestría en Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Sinaloa. Entre otros textos, es autor del libro *El ensayo: centauro de los géneros*, publicado por la UAS.

de que algunos años más tarde habría de institucionalizarse en el papel el combate gubernamental contra la producción, el tráfico y el consumo de drogas ilícitas, en realidad, en el fondo, las campañas oficiales del Estado mexicano han sido percibidas con suspicacia, desconfianza y recelo. El tiempo, los resultados, los impactos, la magnitud y la complejidad actual del fenómeno, muestran un amplio mentís —desde la panorámica de su derrotero histórico, económico y contextual, y también desde los detalles de la violencia y las acciones policíacas específicas—, al supuesto y pretendido combate a la industria de los enervantes, con todo y la parafernalia generada en torno a la desviación sociocultural. Como una hiedra florida, el mundo de las drogas, en tanto fenómeno social, histórica y políticamente construido, ha terminado por invadir múltiples escenarios y la mayor parte de los territorios significativos de la vida regional.

En esta historia, en el estado del noroccidente de México, distintos agrupamientos transgresores y decenas de líderes facciosos se constituyeron en expresión de su hábitat sociocultural, en afiches de su propio campo social delictivo y clandestino, configurando y encarnando en muchas ocasiones, la imagen de los “antihéroes”. De éstos que en las serranías y los pueblos apartados, según los propios habitantes y no pocos observadores de la problemática, han llegado a proporcionar mayores beneficios a sus comunidades de origen que las mismas instituciones del Estado, en parte como mecanismos para el propio respaldo de sus actividades y como medida preventiva de protección social. Es decir, ha existido en varios sentidos, una relación muy íntima entre la formación de los representantes carismáticos con ascendencia, influencia y poder y las reglas que los grupos paulatinamente se han ido dando y delineando para hacer productivo, rentable y eficaz el funcionamiento del “negocio” en sus diferentes fases.

En esta perspectiva, una configuración fundamental de los grupos transgresores ha tenido que ver precisamente con la de los mecanismos organizativos de su defensa y reproducción, frente a las instituciones y organismos del poder hegemónico que les han perseguido, combatido, controlado y extorsionado. En los poblados



y comunidades dedicados a la siembra, el cultivo y la producción de drogas ilegales, la cotidianeidad de sus miembros ha estado, y está, supeditada a una suerte de complicidad primaria, que se traduce en norma elemental de supervivencia. En la lejanía de las zonas rurales se han tejido históricamente patrones elementales de vinculación, integración, interacción y socialización, que se anudan con nuevas pautas para endurecer las prácticas o los hábitos que terminan por constituir rasgos especiales de pertenencia a los grupos, los clanes o a los estamentos subversivos ilegales.

Aparte del confinamiento geográfico que dificulta el acceso a muchas de esas poblaciones serranas, cada habitante puede ser un vigilante, un correo y un defensor que suele advertir sobre ciertos peligros para los demás, que son igualmente riesgos para sí mismos, y para los grupos familiares —incluidos mujeres y niños—, vinculados a la siembra de marihuana o amapola. Un fuereño o un extraño nunca pasan desapercibidos. El silencio, la complicidad y la solidaridad van perfilándose como partes sustantivas de la actividad. Ver y callar se transforman en fórmulas de aprendizaje de esta escuela. En este *habitus*, la cultura del secreto y del guiño implícito fija sus raíces o anuda sus lazos primordiales. Y ya en los posteriores nudos de la cadena de la industria, esta “secrecía” va haciéndose cada vez más complicada, en tanto que también se afinan los valores de quienes comparten un *mundo de vida* y de acciones —y sobre todo entre quienes forman parte vital y sectaria de dirección o liderazgo entre las cofradías.

En las pequeñas poblaciones de la zona serrana de Sinaloa (a lo largo del complejo montañoso de la Sierra Madre), marginadas y distantes de los principales centros urbanos, tanto en el sur como en centro y en el norte, los habitantes, unidos en general por la cercanía espacial, por la vecindad, por los lazos sanguíneos y los vínculos sociales de amistad y compadrazgo, las prácticas sociales y laborales van enfocándose hacia la construcción de estamentos cerrados, a los que luego, difícilmente, otros individuos podrían acceder. Y se van aprendiendo y compartiendo acciones, labores, tendencias, ideas y metas, por elementales que éstas puedan ser. De tal suerte que esos

grupos primarios pueden ofrecer la imagen de una gran familia, unida por valores y principios comunes, y más aún cuando se trata de la vida en torno a una actividad señalada por el gobierno y el resto de la sociedad con el estigma de la ilegalidad.

Por lo pronto, y en su caso retomando a Edwin H. Sutherland y al concepto de “asociación diferencial”, el sociólogo Anthony Giddens ha explicado que en una sociedad que manifiesta y contiene varias subculturas, en función de los ambientes sociales específicos, algunos de ellos tienden a orientar hacia las acciones ilegales y otros no. Así, los individuos llegan a transmutarse o convertirse en “delincuentes” al asociarse con quienes son “portadores”, o transmisores, de hábitos y costumbres delictivas. En general, dice el autor, el comportamiento delictivo es un producto eminentemente social que “se aprende” desde la relación con los grupos primarios y con los compañeros y amigos. De manera que esta teoría, dice Giddens, contrasta con la idea relativa a que existen “diferencias psicológicas” que tienden a separar

... a los delincuentes del resto de la gente —considera que— las acciones delictivas son tan aprendidas como las que respetan la ley y que tienen como fin las mismas necesidades y valores. Los ladrones intentan ganar dinero igual que la gente que tiene trabajos convencionales, pero eligen una forma ilegal de hacerlo (Giddens, 2000: 235).

En las faenas de la siembra, el cuidado de la misma y las cosechas, que ocurren una, dos e incluso hasta tres veces por año —dependiendo de las características orográficas, pluviales, la calidad de la tierra y los implementos tecnológicos—, los habitantes de las rancherías y pequeños poblados, empero, viven en constante tensión, dada la naturaleza de su actividad. El acecho y el asedio de brigadas policíacas y militares son una permanente amenaza, algo que los pobladores tienen siempre presente. Aunque también confían en que sus líderes, sus “patrones”, los “financieros” o sus representantes internos y externos hayan podido prever y arreglar con anticipación los vínculos con los jefes de las corporaciones oficiales. En este



entramado de tensiones y hostilidades institucionales y sociales, en el que están latentes las delaciones, las traiciones y los “agandalles”, para los pobladores, además de los riesgos compartidos, el esfuerzo común, la solidaridad y la “secrecía”, se van solidificando valores como los de la valentía, la lealtad y el honor, los cuales se ponen a prueba en los difíciles trances frente a las fuerzas del orden (policías municipales, estatales, federales, además de los militares), o frente a otros grupos de productores de los poblados vecinos. Y aunque al final, y pese a los sacrificios, para la mayoría de las familias campesinas ligadas a la siembra de las drogas, las ganancias sean pingües y sólo para más o menos comer, están trabajando no solamente para ello, sino también por su vida, y sobre todo, por su honor. Estos pueblos siguen acusando graves problemas de atraso y marginación, aunque las azoteas de muchas viviendas rudimentarias, cabañas y casuchas de adobe, ostenten antenas parabólicas, como símbolo, paradoja y receptáculo para la unión de dos o más mundos.

Empero, los policías sin jurisdicción federal son, para los campesinos, los más enfadosos en las faldas de la sierra. Aunque no representan un poder policial con fuerza demasiado ostensible, asedian, amenazan, extorsionan, decomisan, evidentemente que, en general, actúan con el conocimiento explícito de jefes, de políticos y de gobernantes locales. Tengan o no facultades. “Esos *polis* no tienen *llena*, y por eso nos *aminamos*. Y entonces luego ¿por qué les pasa lo que les pasa a esos *compas*?”. No en vano ha apuntado la investigadora Rossana Reguillo que, en la representación social del policía, se le ha pensado como una figura que nace, vive, crece, se fortifica y “se alimenta” precisamente del “conflicto”, bajo el marco general de una sociedad pletórica de contradicciones estructurales. Y es que los transgresores (sean “decentes”, de corbata, de botas picudas o de huaraches) para serlo y para crecer en ese “submundo”, requieren, por supuesto, de la presencia subyacente de la ilegalidad de la propia actividad. Sin ésta, sus posibilidades, recursos y ganancias se mermarían de manera considerable. Entonces resulta lógico que el esquema de una hipotética legalización o despenalización del fenómeno de las drogas prohibidas, sencillamente no les conviene. Es

decir: no les interesa, ni les conviene, ni a políticos, ni a empresarios, ni a comerciantes, ni a poderosos segmentos gubernamentales de múltiples países del mundo.

Respecto de la configuración, en el imaginario colectivo que se ha creado sobre los guardianes de la ley y sobre los transgresores sociales, la autora aludida establece de manera tajante e ilustrativa que tanto el policía, como el delincuente y el “narco”, participan de una idéntica “mitología”:

... y a menudo son la misma persona, como el misterio de la Santísima Trinidad, tres personas en una. El policía se ha convertido en encarnación de una violencia temible por “legítima” (Reguillo, 2001: 85).

En este contexto, múltiples han sido los sujetos que han acusado un liderazgo con ingredientes o rasgos en los que está presente la leyenda y el “mito”. Aunque con diferentes alcances y dimensiones, no en vano han destacado, entre otros, personajes y apellidos ilustres: Los Elenes, los Quintero; los Félix, los Gallardo; los Fernández, los Fonseca; los Salcido; los Caro; los Carrillo, los Fuentes; los Palma, los Guzmán; los Rico; los Valdés; los Zambada, los Arellano, y tantos otros que, como una pléyade de grupos e individuos con iniciativa, transformados en trascendentes actores sociales de veneración popular, han llegado a alcanzar fama y renombre hasta transnacional. Han sido sujetos con una suerte de arraigo orgánico en sus poblaciones de origen, que han sido respetados, alzados y hasta entronizados a la categoría de “héroes” (o “antihéroes”, según la perspectiva), en torno a los cuales perviven aun creencias y mitologías sobre sus pretendidas bondades, aventuras, odiseas y hazañas.

A lo largo de varias décadas, decimos, fueron fortaleciéndose estas configuraciones ideológicas. El mito de Jesús Malverde, por otro lado, es un caso atípico, y extraordinario, como elaboración cultural (probablemente único en el mundo), en tanto icono del bandido sacralizado que ha trascendido a nivel nacional e internacional, y que habla de la fuerza que pueden llegar a adquirir los símbolos populares. Por si fuera poco, la iconografía del santo patrón “narco” ha sido vinculada con un formidable estereotipo de los *mass media*:



leve y sutilmente el rostro de Malverde ha sido retocado, con aires que lo acercan al arquetipo del ídolo Pedro Infante, por lo menos según la perspectiva del autor de los nuevos bustos escultóricos, el artista plástico jalisciense Sergio Flores. El contenido transgresor del “santísimo” que vigila desde su capilla los rumbos del Palacio de Gobierno Estatal, en Culiacán, aparece casi siempre acompañado —en tanto afiche y como oferta de su imagen milagrera— de alusiones a Cristo o la Virgen María, en un sincretismo que le proporciona mayor fuerza simbólica, pues lo vincula con la fe y las creencias tradicionales, mayoritarias y densas de la población.

En realidad, en muchos sentidos, las imbricaciones de la economía ilegal con la sociedad y sus formulaciones culturales e ideológicas ya tienen una larga historia. Realidades y creencias han caminado de forma muy estrecha. En el imaginario cultural sinaloense los reflejos de la vida prosiguen dando de qué hablar, como una constante reverberación de mito, historia y destino. Las propias acciones y versiones policíacas y del Estado contribuyen a engendrar y acrecentar la mitología en torno al mundo de los narcotraficantes y de sus “cárteles”. El entorno de la muerte en un hospital de la Ciudad de México del llamado “Señor de los Cielos”; la fuga de Joaquín Guzmán Loera, “El Chapo”, del penal de Puente Grande, Jalisco; y el deceso en un enfrentamiento policiaco de Ramón Arellano Félix, en Mazatlán, así como la posterior captura del jefe del clan, Benjamín, parecen más escenas del espectáculo y guiones cinematográficos que acontecimientos de la realidad.

En ese entramado de contradicciones, enfrentamiento y crisis social, reconoce el teórico John B. Thompson que la prevalencia o la persistencia histórica de muchas actitudes de escepticismo o cinismo —que van haciéndose cada vez más comunes en la sociedad y en la vida pública, en parte por la labor de expansión comunicativa e ideológica de la industria mediática—, así como las actitudes de rechazo y cuestionamiento de los valores y la ideología hegemónicas, difundidos de forma abierta y subrepticamente por los principales organismos y medios de socialización y comunicación, no significan, sin embargo, necesariamente, “un desafío al orden social”. Más

bien, y con frecuencia puede observarse que en diferentes ámbitos sociales ciertos comportamientos que pueden expresar, por ejemplo, “escepticismo”, o bien “hostilidad”, en lo que constituye de facto la vida real, visible, tangible y concreta, hasta se mezclan, se imbrican, se funden y “se amalgaman” con la diversidad de los cánones y valores tradicionales y conservadores.

Al paso de los años, los diferentes grupos delictivos, que cada vez se diversifican y fortifican más en el mundo globalizado, han generado y segregado un modo simbólico de percepción ideológica y cultural que ha contribuido a plasmar las justificaciones y los artificios morales y éticos de su autolegitimación. En este proceso ideológico, los miembros de los estamentos delictivos, han llegado a manifestar convicción, fe, creencia, respecto del horizonte de expectativas y de la necesidad vital de sus actividades. En el recorrido autoenajenante, los actores sociales del “narco” ofrecen la vida y se mueren *en la raya*, en defensa del mundo de vida que se han construido, en lo que ha sido, en realidad, una especie de confabulación urdida a partir de las decisiones externas y de las grandes inversiones económicas, “oscuras”, de importantes grupos y actores de poder ligados o enquistados dentro del *establishment*.

Pero aparte del fortalecimiento, la especialización, la compartimentación y la cohesión interna de las redes delictivas, han requerido de un lenguaje particular, de códigos y claves de comunicación, y hasta de santo y seña, así como de normativizaciones de facto, excluyentes y aislantes, que los han alzado frente a la sociedad como aparentes sectas, cofradías y mafias de comportamientos imperturbables e impenetrables frente al exterior y frente a los organismos de justicia. En el fondo se trata de agrupamientos dirigidos —tras bambalinas y desde dobles y triples anonimatos—, por los grandes capitales financieros de alientos nacionales e internacionales.

Mientras tanto, en las rutas regionales, se crían o se gestan las simientes del mito al interior de los grupos organizados, que aparece como un espejo o un reflejo de la sociedad. Porque, dice Hannah Arendt, refiriéndose en específico al tráfico de drogas, los asaltos a mano armada y los robos con escándalo, las probabilidades de que



los delincuentes de tales categorías no sean descubiertos es de nueve a uno; y sólo uno de cada cien delincuentes iría a la cárcel. “Hemos aprendido, a nuestro pesar”, apunta la autora, “que es menos terrible la delincuencia organizada que la de los pillos no profesionales”, pues estos andan siempre atentos y aprovechan “la oportunidad”, en función de que saben que muy difícilmente podrían ser castigados. Por ello, Arendt ha exclamado que la simple “y más que aterradora verdad” estriba en que...

... en circunstancias de tolerancia legal y social adoptará la más violenta conducta delictiva, gente que en circunstancias normales quizá habría pensado en tales delitos pero jamás llegó a decidir su realización (Arendt, 1999: 78-79).

El crimen es un elemento central de la sociedad contemporánea, en su concepción real y potencial. Como diría Foucault, gente que hoy es juez, en otras circunstancias, podría más bien, sin la toga de la autoridad, estar en el banquillo de los acusados. En esta idea, la desviación depende de las condiciones, las situaciones y las circunstancias socioculturales. Y un aspecto relevante lo constituyen los elementos materiales de la gratificación económica, que fungen como carnada, y que se esparcen a través de la información y del rumor. En otros términos, se sueltan los rumores respecto de los elementos mitificantes para consumo masivo a través de los medios. En esta idea, algunos autores resaltan la cuestión de la “fascinación” de la juventud, y de la población en general, por ejemplo, por los placeres y la vida de “los mafiosos”. De tal forma que en una sociedad mundial con marcadas diferencias sociales y económicas, a pesar del mito de la globalización, en un mundo de exclusión por antonomasia, los límites y las fronteras de ciertos esquemas como la astucia, el engaño, la inteligencia, el riesgo, “la aventura” o “el crimen”, se diluyen bajo los afanes de la ganancia y sus lindes se difuminan, se mezclan y se hacen cada vez más indiferenciados.

Retomando la cuestión específica de nuestra temática, los mecanismos impuestos o aprendidos por las necesidades de la supervivencia y la reproducción como células y moléculas de poder, enfren-

tadas entre sí y contra la legalidad del sistema, obligó a los grupos del crimen organizado a construir un soterrado e insólito esquema de valores, normas y pautas de comportamiento. Se trata de una representación ideológica, formalizada y sistematizada, de la desviación. En otros términos, se sintieron exigidos por la dinámica sorda, clandestina, ilegal, corrosiva y perturbadora de sus actividades —y en el entorno de sus creencias, fabulaciones, mitos, justificaciones, costumbres y hábitos—, a delinear sobre la marcha un transgresivo sistema ideológico particular, *sui generis*, que ha conformado su propia escala de valores, normas y reglas no escritas. Y teniendo el propósito racional, por lo menos en cuanto al ámbito inmediato de los fines, de obtener los máximos rendimientos y ganancias inmediatas y de corto plazo y de hacer perdurable —o por lo menos vivible— lo que suele identificarse —entre el suspenso, el misterio, el amarillismo y la mitificación—, como la soterrada y al mismo tiempo escandalosa historia secreta del “narco”, o como la oscura y larga noche sinaloense.

Este doble derrotero del narcotráfico —en los intersticios de la economía y la ideología—, que ha transgredido reglas y normas institucionales y sociales, ha implantado ya su huella, su impronta, su testimonio. En las expresiones culturales contemporáneas se han configurado los llamados “micropoderes”. Hay señales e indicios de que también desde hace tiempo, tras los hábitos, las prácticas y las pautas de la vida cotidiana poco espectaculares y “estridentes”, de hecho han estado configurándose, construyéndose o conformándose múltiples “micropoderes”, que en la factualidad de sus acciones llegan a enfrentarse, de plano, a las intenciones normalizadoras y de autoridad de los poderes hegemónicos, de sus instancias legales y de sus instituciones.

Ideología y crimen

Habría que advertir que en el caso del oligopolio de los enervantes ilegales, estamos hablando de una intrincada red de intereses económicos locales, regionales, nacionales y mundiales, vinculados en



muchos casos a los marcos económicos legítimos que, en conjunto, no son precisamente un “micropoder”. Sin embargo, en los espacios regionales y locales, la persistencia y la fuerza de la actividad ha prohibido que, entre la diversificada actividad relacionante del “narco”, sus múltiples grupos se hayan convertido en actores que han afectado en estricto sentido el orden social, amén del efecto simultáneo en las esferas de la cultura y la ideología a través de la subversión simbólica. Nos referimos al impacto de la actividad sobre, por ejemplo, la industria cinematográfica, y musical, más allá de la discusión respecto de la labor de los creadores populares. Se trata de dos cuestiones distintas: por un lado está la apropiación temática que las corporaciones industriales mediáticas (cinematográficas, radiofónicas, discográficas y televisivas principalmente) han realizado para obtener cuantiosas ganancias explotando un tema que, de suyo, genera atención y morbo; y por otro lado se encuentra la labor de recreación que ciertos autores han realizado sobre una problemática social realmente existente, como el extraordinario y valioso trabajo que han hecho desde hace algunas décadas grupos musicales sinaloenses como Los Tigres del Norte o Los Tucanes de Tijuana.

Pero en general, en el estricto terreno de las subversiones del mundo imaginario que rodean al sujeto transgresor que tiene que ver más directamente con el ámbito de la industria de las drogas, los actores sociales que actúan fuera del sistema hegemónico y de la ley, más bien tienden a moverse hacia la búsqueda afanosa, la mayor parte de las veces de forma virulenta y compulsiva, de metas, sueños, delirios y utopías, que en un momento determinado (las más de las ocasiones ilusamente), pueden llegar a proporcionarle fugaces satisfacciones. En medio del torbellino de las vidas sin freno, exhibiendo disipación, pertenencias, fuerza, violencia, como un orgulloso comportamiento que es capaz, entre el instinto y la irracionalidad, de enfrentar a la normalidad del sistema social. No son casuales, por ello, los estereotipos del “narco” mediano o segundón que grita, presume y enarbola como trofeos joyas, propiedades, hembras y “hombría”.

Así, los deseos y los ensueños probablemente tendrían que ver con la desviación sociocultural, la necesidad y las aspiraciones de ascenso en la estructuración social, e incluso con el resentimiento y los deseos de venganza social que conducen hacia la violencia y la destructividad; pero éstas implican previamente la racionalidad de las ganancias económicas y la constitución simultánea de poder, o del “micropoder”, para precisamente poder concretar los fines, a través de las ilícitas e intrincadas fases de un sórdido negocio, que se ha solidificado paradójicamente entre las estructuras de la llamada sociedad global.

Manuel Castells, al referirse al crimen organizado en los tiempos de la llamada globalización, en relación con la eficacia y la ampliación de las redes transgresoras, establece que las peculiaridades de funcionamiento y las ventajas de esas organizaciones para su expansión —comparadas con las corporaciones y empresas legítimas—, han sido la “flexibilidad” y la “versatilidad”. Flexibilidad para negociar con grupos múltiples, y versatilidad para transmutar su fachada, su rostro o sus aspectos empresariales, a través del lavado de dinero. El estudioso de la comunicación dice que “la interconexión es su forma de operación”, tanto en lo que compete a los mecanismos internos de cada instancia criminal (por ejemplo la Mafia siciliana, el cártel de Cali, o el accionar *grosso modo* de los principales grupos mexicanos), como en la relación que tiene cada agrupación con las otras organizaciones criminales.

En el escurridizo, peligroso y cuasi intangible mundo de esta ilegalidad, las “redes” productivas y de distribución se han constituido sobre la base, en principio, de grupos familiares y de conocidos muy cercanos, que terminan funcionando por medio de bandas y pandillas locales relativamente autónomas y diferenciadas. A éstas, anota Castells, se les suelen suministrar diversos bienes, recursos materiales y servicios, y de las cuales a su vez reciben (las redes internacionales o los grupos distribuidores), como es lógico, retribuciones en efectivo. Cada grupo criminal organizado posee sus propias normas y códigos y medios para hacer cumplir los compromisos, que por supuesto son tratos de “caballeros” y convenios fácticos y verbales.



Y dentro de tales reglas no escritas, pero muy legibles, aparece como un recurso fundamental el uso de la fuerza, como expresión, resultado y consecuencia de las furias sociales desatadas de la desviación.

La violencia despiadada (incluidos la intimidación, la tortura, el secuestro de familiares y el asesinato) es, por supuesto, parte de la rutina, con frecuencia subcontratada a asesinos a sueldo (Castells, 2000: 206).

Por ello se habla cada vez con mayor frecuencia del pragmatismo criminal, de la compartimentación del crimen y de su necesaria especialización para conseguir eficacia. Por un lado los cultivadores, por otro los empaquetadores y los especialistas de laboratorio; luego los transportistas, de otro los cuerpos de vigilancia, así como los distribuidores, y luego los equipos de analistas, intelectuales, técnicos, jurídicos y financieros. De modo que, así, hay grupos delictivos dedicados casi exclusivamente al asesinato, quienes son subcontratados para realizar ejecuciones o ajustes de cuentas.

Lo más importante, empero, es el “aparato de seguridad” interno y especializado, así como la red de agentes de la ley, jueces y políticos que están en la nómina. Una tesis obvia corre entre los pasadizos del hampa, y más en los senderos de las drogas y que ya en realidad resulta *vox populi*: Una vez que entran en el sistema o en los circuitos cerrados del “negocio” o del crimen organizado, los hombres “están cautivos de por vida...”. Con el mismo sentido: se puede entrar, pero no salir... O casi. A menos que se trate de don Epifanio Vargas, el jefe “narco” de la novela *La reina del sur*, de Arturo Pérez Reverte, personaje que luego de amasar fortuna en los territorios sinaloenses de la droga, habría de incursionar en los quehaceres políticos nacionales. ¿Ficción? Acaso sólo el nombre del personaje.

La poderosa maquinaria empresarial de los narcóticos ha sido una suerte de matriz cultural que ha expandido e impreso su sello sobre múltiples formas significativas de su entorno, en los senderos de las concreciones infraestructurales, en el movimiento de los recursos económicos, en el azuzamiento de los comportamientos agresivos y en las esferas ideológicas del imaginario colectivo de la

población. Sin menoscabo de la fantasía popular y de la exageración en que suelen caer los medios de comunicación que le han atribuido, y le atribuyen aún, poderes ya sea inmanentes o bien de caricatura, es indudable que su alcance, su efecto e impacto ha sido real, retador, socavador, trastocador, intenso, extenso, diversificado y en distintos grados, que llega incluso a procedimientos patológicos y perversos, por los niveles desmesurados de fuerza y sadismo que en ocasiones, y durante los años recientes, han empezado a mostrar los sicarios en la ejecución o planeación de los asesinatos, venganzas y ajuste de cuentas.

Dada la inestabilidad de los grupos productores, la incertidumbre de la distribución y lo azaroso de los mercados consumidores que se encuentran en constante asedio por los organismos judiciales y por las instancias judiciales específicas de distintas naciones, los grupos delictivos se preparan de antemano para enfrentar las condiciones adversas posibles y previsibles. Ante la adversidad, los grupos y las redes protagónicas han acudido cada vez más a los recursos de las asesorías bursátiles, financieras, de inversión, etcétera, así como a su propia especialización y a la sofisticación de los mecanismos de funcionamiento general de las empresas oligopólicas.

Dicho de otro modo, los grupos que no toman en cuenta la existencia de una férrea competencia en los planos legales e ilegales tenderán, de manera casi inevitable, a ser desmembrados y liquidados. Y, de hecho, aquella empresa delictiva que carezca, o que no disponga de un aparato o de un organismo de respaldo o de protección y vigilancia de tipo violento, si no más sofisticado o mejor equipado al del resto de los grupos —han explicado los autores colombianos *Ciro Krauthausen* y *Luis F. Sarmiento* (1993)—, esa empresa podría encontrarse en una clara e importante “desventaja competitiva”, puesto que tendrían que someterse a los términos y condiciones que imponen los grupos competidores. Los riesgos se incrementan ante la posibilidad de no poder cumplir los contratos contraídos.

Según la percepción de comunicadores y periodistas, las olas de violencia que sacuden y lastiman a las zonas y regiones estratégicas ubicadas en los mapas del narcotráfico, generalmente son una panta-



lla para, entre otros objetivos, desviar la atención de las autoridades, mientras se consolidan otras rutas y trayectorias más importantes para el tráfico de enervantes. Aunque ello no cancela la posibilidad de que estén ocurriendo fuertes disputas por el control de las zonas productoras, de tráfico y distribución. En todo caso se trata de cruentas batallas en las que están presentes como protagonistas y actores principales los cuerpos policíacos y del Ejército, infiltrados en prácticamente todos los niveles. Los crímenes de personajes públicos importantes, cuyas causales se han vinculado también al mundo de las drogas, y el encarcelamiento de ex funcionarios y ex gobernadores, son señales significativas de que la “guerra”, por lo menos, ha rozado —y es decir precisamente lo menos— las altas esferas del Estado.

En la actualidad, la desesperación, y la impotencia, ha hecho mella en ciertas instancias del gobierno mexicano. En la descomposición de la política y la justicia, nada parece funcionar en el enfrentamiento contra la amplia y poderosa industria de los enervantes. Programas e instituciones van y vienen y nada encaja, nada rinde resultados, salvo por la aprehensión, el ajusticiamiento, la liquidación y la desaparición de ciertos sujetos demasiado visibles, que en un momento dado han llegado a colocarse como actores en exceso incómodos. De tal suerte que la lucha parece no tener fin, por lo menos según las definiciones programáticas conocidas hasta hoy, bajo los dictados y la batuta decidida en los Estados Unidos. Por lo pronto, la investigadora Reguillo expresa la dimensión de la problemática en términos por demás ilustrativos. Quienes cohabitan en los senderos de la desviación social delictiva, son personajes que en un momento dado han sido tentados, invitados, sugestionados u obligados, por el “perverso” poder de los grupos delictivos cada vez más fuertes, o por un narcotráfico “ubicuo e intocable”, seducidos y sugestionados por el poder del dinero, o bien atrapados por “el fantasma” de la corrupción a la que resulta difícil rastrear o ubicar con precisión. De tal suerte que los agentes de las instituciones policiales y de seguridad tienden a perder “credibilidad” e indefectiblemente

... se convierten en los enemigos visibles y localizables que ejercen impunemente, al amparo de la legalidad, la violencia cotidiana y “legítima” (Reguillo, 2001: 85).

El poder del narcotráfico ha rebasado múltiples expectativas. Así como ha inyectado y fortificado con vastos recursos a la economía, también ha propiciado cambios en los roles y comportamientos sociales de quienes se han vinculado al circuito de la industria, directa o indirectamente. Es del conocimiento común que numerosas familias enteras de los sectores rurales —incluidos, las más de las veces, vecinos, amigos, compadres y comadres— han adquirido de pronto otro estatus; y sin abandonar por supuesto los bienes y los intereses rurales y la bendita tierra de los antepasados, por las necesidades y los ritmos económico sociales que caracterizan a los circuitos de la industria de las drogas, muchos grupos y familias se han visto impelidos, por no decir empujados, a la adquisición de nuevas propiedades y entonces emigran a los centros urbanos, cargando hemos dicho, eso sí, sus tradiciones, costumbres y evocaciones bucólicas.

De acuerdo a la mecánica de las relaciones internas entre los miembros de los grupos y a los rituales y cánones factuales-laborales del “negocio”, quienes acceden a sus estructuras y redes difícilmente pueden abandonarlo, como se ha señalado antes. Una vez que se han trasgredido las fronteras de las leyes públicas, los mecanismos internos de “autoprotección transgresiva” tienden a conformarse, a asumirse y respetarse, como normas no escritas, pero fatales, por parte de los miembros de los grupos delictivos. Por las exigencias de sigilo, prudencia y precaución que impone un negocio ilícito de cuidado, la seguridad personal implica también la seguridad de los otros integrantes y la del grupo, por lo que de facto se establece, como describimos, una suerte de solidaridad grupal y comunal. Pero en la conformación de los grupos de mayor rango, de mayor responsabilidad directiva o con más poder, las normas y requisitos para ser partícipes de los mismos, se hacen cada vez más complejos.

Aunque hay que hacer notar que, dados los acontecimientos criminales de los últimos años, las prácticas y los estilos de los grupos parecieran haber resentido cambios. Acaso debido a la proliferación



de grupos dedicados al tráfico de estupefacientes, los enfrentamientos entre bandas resultan cada vez más frecuentes. Con la aparición de “narcos” “piratas”, así como el incremento del consumo, pareciera que la verticalidad y lo cerrado de las viejas estructuras criminales se enfrenta ahora a la dispersión generada por los pequeños grupos competidores, aunque la hegemonía siga existiendo en este mundo concreto y simbólico de la desviación social.

Sin embargo, y por lo pronto, la inserción en los espacios ciudadanos —de los flamantes nuevos ricos procedentes del campo que en muchos casos son iletrados o analfabetas funcionales—, les ha permitido compartir o confrontar y asimilar nuevas formas de interacción social. Estos individuos, que podrían ser identificados en las partes iniciales aún de la cadena delictiva, no tendrán empacho de regodearse con su nueva situación, asumiendo la vanagloria de ostentar simbólicamente su pertenencia. Y por la carga simbólica de su nuevo estatus, amén de la potencialidad violenta o la agresividad implícita que entraña el sujeto estigmatizado, en muchos de los casos será visto por los vecinos distantes y en los círculos grupales más cercanos, con una mixtura de temor y desconfianza, pero también hasta con admiración y respeto.

Dada la capacidad movilizadora, o en virtud del poder económico, el narcotráfico ha empujado transformaciones individuales y colectivas. Mediante el furtivo y elástico pero implacable alcance de sus tentáculos ha afectado, con variada extensión, densidad y hondura, diferentes dimensiones de la sociedad. Sin duda, el toque de las drogas ha invadido inevitablemente las esferas económica, social, política y cultural.

Empero, las pruebas al respecto se encuentran diluidas en el enmarañamiento de los subterfugios, los artificios y los recursos jurídicos disponibles para esconder o, metafóricamente, hacer invisibles las evidencias. Y es que los vínculos de soslayo de los diversos dineros, las transacciones y los cruces y las mixturas millonarias y sistemáticas entre los rubros formales y los de dudosa procedencia, han sido realizadas a lo largo de varias décadas. Pero justo es decir que los grandes montos, las grandes ganancias producidas por la ge-

nerosa tierra sinaloense han emigrado y volado, en su mayor parte, hacia el extranjero.

Mitología, comunicación y mundo social

En otro terreno, la acción del narcotráfico ha tocado además, en su especificidad, directamente a la cultura, que a su vez ha redimensionado y resemantizado estereotipos, mitos y leyendas de los ámbitos de la transgresión. Igualmente, a través del “lavado” la actividad se ha inmiscuido por diversas vías en los espectáculos de entretenimiento y diversión, en la música popular, en el deporte, la educación, la academia —en algunos casos, por supuesto, para su estudio— y, hasta en las bellas artes; espacios y formas que han sido alcanzados, impulsados o rozados en mayor o menor medida, por los muchas veces seductores mecanismos ideológicos y financieros del negocio de los estupefacientes ilícitos, que pueden ser vistos, relativamente, como una rápida y cada vez más socorrida ruta hacia la prosperidad económica.

En este sentido, los efectos han trascendido a los ámbitos ideológicos. Es decir, desde aquí y desde la cultura los valores y la mitología del narcotráfico retornan a la vida real, en un flujo constante que forma parte del fenómeno como un todo que incluye el mundo social; objeto cultural; producción, medios y mensajes; y recepción de las formas simbólicas, en lo que constituye la figura del “diamante cultural”*, que incide en la construcción histórica y contextual de los hechos y los fenómenos de la cultura. Durante la convivencia y connivencia centenaria con este mundo de desviación sociocultural, miles de individuos han oteado otros avatares, ilusiones, sueños y destinos.

* El *diamante cultural* (Griswold, 1994) es un recurso analítico que permite construir las conexiones entre el objeto cultural y sus diversos vínculos con el mundo social e incorpora vértices hasta cierto punto relegados —creador / receptor— de esta relación cultural (Ver: http://www.alaic.net/VII_congreso/gt/gt_5/GT5-P11.html. N. de E.)



Entre la creencia y el mito de esos otros rumbos y retos laborales —atractivos aunque temibles—, para enfrentar la existencia como triunfadores, o de perdida más aceptablemente en términos monetarios, por lo menos han mostrado idealmente nuevos horizontes de realización de expectativas y de vida en las beligerantes redes de este especial universo, donde se pone en juego la racionalización de la vida, entre los sueños y el instinto, y que mediáticamente y desde la mitad de la década de los ochenta del siglo XX, es una actividad que ha sido bautizada espectacularmente, sobre todo por la agencia antinarcóticos norteamericana (DEA) y por los medios masivos de comunicación de ese país, con el mote militarista de “la guerra de las drogas”. Y como era de preverse y para no variar, las autoridades mexicanas han tenido que adecuarse y seguir los dictados estadounidenses, no sólo en lo que implican las denominaciones superficiales, sino en la política local de combate a la producción y al tráfico de los estupefacientes ilegales.

La posibilidad de tomar un camino en apariencia más accesible y sencillo —que no lo es, reiteramos, por los riesgos y peligros inmersos— para por lo menos salir de la pobreza o vivir en forma holgada; y con un poco más de “sacrificios”, audacia, voluntad y valentía acaso amasar fortunas y detentar formas de poder (poder de fuego, poder social, poder sobre vidas, poder económico, poder político), son algunas de las ilusiones presentes y constantes en el imaginario colectivo. Este camino a la bonanza ha llegado a constituirse como una de las más densas y sólidas mitologías en torno a las bondades de la industria. Y sin duda, ciertos y limitados beneficios directos para miles de individuos y familias que han andado entre las fauces del negocio han sido y son absolutamente reales y constituyen de facto una ruptura no sólo con el orden legal establecido, sino con su condición social previa de atávica pobreza y de ingentes y agudas carencias materiales.

Respecto de esta amplia relación entre cultura, economía y violencia, Castells ha reiterado que el crimen organizado en el Planeta está constituido a través de redes especializadas transnacionales. Así, la influencia del crimen global también alcanza los circuitos de la

cultura. Por un lado dice, la identidad cultural nutre la mayoría de los agrupamientos delictivos, y desde ahí aporta los signos, las claves y los mecanismos que dan sustento a la confianza y a los nexos comunicativos que se dirimen dentro de las estructuras de cada red. Sin embargo, la complicidad no llega a impedir los abruptos de la violencia que bulle y late intensamente en los grupos. Inclusive, y en la mayoría de los casos, la violencia se da “dentro de la red”. Y por si fuese poco, dice el teórico español, existe todavía “un nivel” mucho más alto de vinculación, solidaridad y comprensión comunitaria dentro de las organizaciones criminales, que se va constituyendo, construyendo o tejiendo sobre el sustento de “la historia, la cultura y la tradición”, y que de manera especialmente significativa “genera su propia ideología legitimadora”. Sin embargo, en la medida en que el crimen organizado se vuelve más globalizado, se ponen de relieve en mayor medida, también, los elementos, rasgos y componentes más importantes, trascendentes y significativos de su cultura identitaria para no desaparecer o diluirse en el vértigo del espacio de los flujos de la cultura. Al asentarse en el arraigo, los grupos criminales posibilitan la conservación de sus bases y vínculos étnicos y culturales y, cuando es posible, “territoriales”. En esto constituye “su fuerza”. De tal suerte que las redes del crimen organizado...

... probablemente llevan la delantera a las compañías multinacionales en su capacidad decisiva de combinar la identidad cultural y la empresa global (Castells, 2000: 232).

Conviene esclarecer e insistir, sin embargo, que en el caso de los campesinos sembradores, éstos no obtienen necesariamente, en su mayoría, grandes o significativos beneficios monetarios por su labor de siembra, cultivo y cosecha. Aunque les alcanza para vivir mejor que si sembraran sólo productos básicos para la alimentación, como maíz, frijol y hortalizas. Dada la estructuración del negocio, el valor agregado de las drogas —por los múltiples riesgos, los sobornos y el transporte—, se va acumulando hasta llegar a los extremos postremos relacionados con el consumo. Por ejemplo, en el caso de la cocaína, los precios aproximados que los productores reciben por un



kilogramo, en Colombia, es de alrededor de 4,500 dólares; ya en las esferas de la distribución para el consumo al menudeo, los precios alcanzan en las calles de las ciudades de los Estados Unidos, como Nueva York, montos que oscilan entre 110 mil y 150 mil dólares por kilogramo. La situación resulta similar en la producción de amapola usada en la posterior elaboración de la heroína y sus derivados.

Por lo pronto la sociedad padece los resultados de una actividad que creció en la mixtura de acciones entrettejidas en el clandestinaje y la vida pública, en el albedrío de las leyes no escritas de los más fuertes, aunque determinados por el poder de importantes grupos políticos y económicos que han dirigido los destinos locales, regionales y nacionales. En todo caso no se deben confundir los efectos con las causas que han conducido a una colectividad a la adopción, o recreación, reproducción y reiteración de formas de sobreexistencia diversas, en el contexto de la acción de influencia e impactos multiplicadores de la industria en torno a la materia prima de los psicotrópicos abundantes de la región.

En este orden de ideas, las generaciones actuales resienten o exhiben el sino de añejas costumbres, ritos y usanzas, acicateadas por la acciones reforzadoras de la comunicación de masas. En tanto cultura “mosaico” —que une tradición y modernidad y sincretismos culturales—, la sinaloense ha crecido y bailado también al son de la industria radiofónica, que ha sido un bastión mediático fundamental, de naturaleza escatológica, en los tiempos de la cultura de masas. Y es que la radio, vía la música, ha tenido una presencia reiterativa, ligada a la impronta de las tradiciones populares, aunque en este caso como industria excavadora y explotadora y prácticamente exoliadora de los acervos de las culturas populares, en sus desmedidos y sistemáticos afanes mercantilistas y de lucro. En este sentido, ha jugado un papel central de coadyuvancia en la construcción de las representaciones sociales y los imaginarios colectivos.

Con los ingredientes insoslayables de las raíces prohijadas por el regionalismo, en un proceso híbrido, la llamada industria de la radio (léase: la industria de la cultura), confabulada implícitamente con los intereses generados por el narcotráfico, ha realizado una labor de

recopilación de valores y “antivalores”, que devino en la fabricación de productos culturales; en éstos se han plasmado fundamentos, rasgos, líneas y características populares (entre fonemas y morfemas peculiares, versos, dichos, refranes, locuciones, ritmos, cadencias, estilos, formas), que son ahora parte de un vitaminado, resemantizado, vigoroso y candente folclor, como expresión indubitable de la rica simbología sinaloense.

Al respecto, retomamos un apunte de Martín-Barbero: no habría de olvidarse que “lo popular está construido de ‘mestizajes’, complicidades y contradicciones”. Las mediaciones implican un proceso en el que el discurso de los medios se adapta a la narrativa tradicional del mito y el melodrama, en la que las audiencias aprenden a reconocer su identidad cultural colectiva en el discurso de los *mass media*. En efecto, la cultura, y en particular la ideología hegemónica, se construyen en función de múltiples aportes, y no como simple resultado de operaciones esquemáticas de imposición o dominación. Por ello lo popular, explica Martín-Barbero, se relaciona con evidente eficacia al fenómeno de la masificación cultural.

Por otro lado, ha explicado Pierre Bourdieu, el “poder simbólico” sólo se ejerce con la intervención, participación o “colaboración” de quienes precisamente lo padecen, porque sin duda contribuyen a establecerlo social e históricamente. De tal manera que esta especie de “sumisión” o dependencia no tiene, en absoluto, nada que ver con una relación de “servidumbre voluntaria”. En otros términos, esa formulación de la complicidad no necesariamente se establece mediante actos conscientes y deliberados. Incluso, la complicidad...

... es el efecto de un poder, inscrito de forma duradera en el cuerpo de los dominados, en forma de esquemas de percepción y disposiciones (a respetar, a admirar, a amar, etc.), es decir, de creencias que vuelven sensible a determinadas manifestaciones simbólicas, tales como las representaciones públicas del poder (Bourdieu, 1999: 225-226).

Así que, en esta historia, las industrias discográfica, videográfica y cinematográfica, junto a los demás medios electrónicos —amén



de la muy elocuente prensa amarillista, entre otros artículos propios del funcional analfabetismo como la literatura “chatarra”—, han sido receptáculo y caja de resonancia, reproductora de los ecos culturales y de la ideología legitimadora en torno a la industria de las drogas. Aunque no quiere decir esto que la explotación mediática del tema, para enriquecimiento de los mercaderes de la cultura, haya sido exclusiva de la región. Sin embargo, se sabe que ha habido no sólo compositores especializados en la alegoría y la alabanza del “narco” a través de la narrativa musical, como Chalino Sánchez, sino también empresas discográficas regionales en Los Mochis y Culiacán dedicadas básicamente a la producción sobre los asuntos propios de “chivas” (heroína), “gallos” (marihuana) y “pericos” (cocaína). Como efecto quizá de esta bonanza cultural, se forjaron múltiples grupos y bandas musicales de oriundez regional, algunos de los cuales, sin embargo, han terminado por reivindicar y trascender culturalmente a la temática, en estricto sentido, y en ciertos casos, por la reciedumbre y el vigor de los contenidos; acaso también por el tratamiento rítmico y estético; y probablemente hasta por las sutilezas cautivantes de la formulación artística.

El auge del narcotráfico ha llevado a decir a la ya citada Rossana Reguillo que en la narrativa social, policías y políticos han asumido, o han sido vistos, como una forma de “demonios” que, bajo el amparo de una supuesta o pretendida legalidad, más bien son percibidos socialmente como significativos agentes del “deterioro”, además de ser...

... cómplices de una delincuencia que avanza, incontenible, no sólo sobre la institucionalidad, sino sobre todo ciudadanos que experimentan la vida cotidiana como un caos en el que las violencias no son diferenciables (Reguillo, 2001: 84).

La sociedad, como una telaraña de nudos y retruécanos, de grupos e intereses políticos y económicos, en tanto productora de sus propias imágenes, genera sus mecanismos ideológicos de legitimación y prohija, al mismo tiempo, en los subterfugios y subterráneos de la ilegalidad, las formas ideológicas relativas a su propio cuestio-

namiento, y muestra también las formas desviadas de su crecimiento y desarrollo. Así, los medios de comunicación han sido capaces de mostrar, de forma directa e indirecta y a pesar del sensacionalismo y de los espejos cóncavos, las retorsiones de una sociedad convulsionada. Pero hay que advertir que la actividad periodística es, siempre, una esfera en la que la sociedad y la población se miran, se reflejan y se expresan, con su multitud de problemas, vicios, valores, virtudes y contradicciones. Y en este sentido, la prensa escrita, además de la radio, entre otras instituciones de la *massmediación*, han sido cruciales para la reproducción, el fomento, la aceptación y la tolerancia de esta forma compulsiva de desviación social.

Para dos o tres generaciones de sinaloenses, “esa hija degenerada de la fuerza que es la violencia” se ha manifestado explícita, como un fenómeno construido socialmente, ya como predisposición y hábito de ciertos grupos y que de muchas maneras hace eco en los comportamientos de vastos segmentos sociales. Y podrá parecer “insólita” o “irracional”, “necesaria” o “pragmática”, pero la violencia sigue ahí, como parte del hombre y sus circunstancias, y que se expresa vía múltiples formas a través de los lazos indisolubles de la comunicación y la cultura.

Las formas de organización y funcionamiento, marcadas y estigmatizadas por la violencia, de los grupos delictivos dedicados al narcotráfico tienen pues sus reglas, códigos y lenguajes particulares. Y tales normatividades regidas por la ley de la plata y el plomo —en donde se entrecruzan lealtades, afectos, complicidades silenciosas, presiones, amenazas abiertas y sutiles, coerciones, agradecimientos y liderazgos de humo y fuego—, se van forjando, sin embargo, en virtud de necesidades económicas y condiciones de sobrevivencia, dentro de un mundo hostil, de violación franca y soterrada de derechos y libertades, entre la sutil y la aviesa ilegalidad, que no podrían mirarse o concebirse, en ese ámbito, de otra manera. El emporio de las drogas, al margen de sus múltiples nexos, parece un mundo aparte. Acaso un otro “yo” social. Desde la perspectiva de los viejos teóricos de la Escuela de Frankfurt, se trataría de un legado irracional, y al mismo tiempo lógico, como manifestación y expresión de la



razón, la ilustración y la modernidad. Y es que millones de hombres en el mundo viven y laboran, precisamente, entre los senderos de la violencia, y en las antecámaras engeguecedoras y alienantes de los poderes del crimen y de la muerte.

Bibliografía

- Arendt, Hannah (1999). *Crisis de la República*. Madrid, Taurus.
- Bourdieu, Pierre (1999). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona, Anagrama.
- Castells, Manuel (2000). *La era de la información. Fin de milenio*, Tomo III. México, Siglo XXI.
- Giddens, Anthony (2000). *Sociología*. Madrid, Alianza Editorial.
- Griswold, Wendy (1994). *Cultures and societies in a Changing World*. Estados Unidos, Pine Forge Press.
- Krauthausen, Ciro y Luis F. Sarmiento (1993). *Cocaína & Co. Un mercado ilegal por dentro*. Bogotá, Tercer Mundo Editores.
- Martín-Barbero Jesús (1987). *Procesos de comunicación y matrices de cultura*. México, FELAFACS-G. Gili.
- Rossana, Reguillo (2001). “Miedos, imaginarios, territorios, narrativas”, en: *Metapolítica*, enero/marzo, México.
- Thompson, John B. (2002). *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-X.